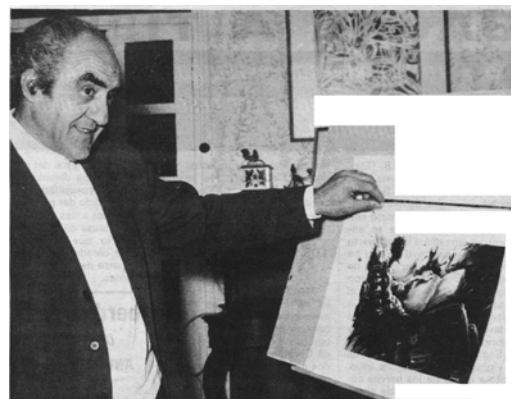


BEBERIDE, HALFFTER, LA POESÍA

LOS que fuimos rapaces en Villafranca sabemos mucho de campanas, y así andemos por los lugares más alejados, nadie podrá decirnos eso de «oír campanas y no saber dónde». Yo creo que las más madrugadoras eran las monjas de la Concepción y las de la Anunciada, perfectamente emparejadas y sincrónicas, a las seis y media en punto de la mañana. He pensado a veces en una y otra campanera. Seguro que se piensan mutuamente, que se imaginan en cada amanecer, a lo mejor cuarenta, cincuenta años sin llegar a verse las caras y sin esperanza de que ocurra jamás. O a lo mejor eran más madrugadoras las de San José. El caso es que las santas mujeres enclaustradas seguían dale que dale con sus toques a lo largo de la jornada, y por eso, a veces, a mí se me aparenta el día como un fruto maduro, dividido en esos gajos que son las horas canónicas.

VÍSPERAS PARA NORBERTO

«Por las vísperas se conocen los santos». Buena va a ser, entonces, la fiesta de la poesía de 1980, cuando la tarde y la noche del sábado próximo se anuncian presididas por un nombre señero: el de Norberto Beberide. Sencillamente, Norberto. Porque además de quererle y admirarle «in pectore», los villafranquinos, y aun los bercianos, y por qué no todos los leoneses, buscamos pregonarlo en las claras trompetas de la fama; precisamente porque él ha dedicado la vida entera a rehuir las con una modestia que le honra, pero que a nosotros no nos exime. Montesión, el maestro brillante y andariego, llegó alguna vez a Toral para las fiestas del Cristo sin tiempo para el transbordo y arreó a pie por Perandones y el Pontarrón camino de la danza impar de los gigantes. Beberide, en el esplendor de una juventud no menos brillante y aventurada, volvió también a Villafranca; pero decidió quedarse para que año tras año tuviésemos los carteles y los programas con los gigantes. Sin perjuicio de su obra pictórica más personal y acendrada, la firma de Beberide (coronada por el punto redondo y definitorio- quizá un poco irónico, sobre la «i» del apellido), está suscribiendo en



ilustraciones inolvidables la historia de las últimas décadas de nuestro pueblo. Hasta el cartel de esta misma fiesta de 1980, con sus breves aves enamoradas en la paz y gracia de Dios que es la poesía. Lástima que estas palabras mías, tan modestas como conmovidas, no salgan adornadas con aquellas grecas que el tío Tomás el de la imprenta ponía en «La Parroquial» a los sonetos insignes. De Norberto habría que escribir siempre dentro de una orla, aunque sólo fuera por las orlas que él mismo -merecedor de los más altos homenajes- quiso miniar para homenaje de los demás.

MAITINES CON CRISTÓBAL

Lo afirmo por mi honor, que a veces, en lejanos ámbitos como la sala inmensa de una televisión europea, en un teatro de Berlín o bajo las bóvedas doradas de una iglesia de Perusa, ocurren cosas maravillosas. Ocurre que una asamblea expectante y



atenta, quizá presidida por un jefe de Estado o cualquier autoridad relevante, muestra en todas las manos el programa musical donde puede leerse: «Esta sinfonía, que hoy tenemos el privilegio de escuchar por primera vez, ha tenido su inicial inspiración a lo largo de un verano en Villafranca del Bierzo... » El texto cambia, naturalmente. Está en alemán, o en francés, o en italiano. Pero un nombre hecho de tres palabras se resiste a la traducción, sostiene el orgullo de su grafía inconfundible, se propaga de boca en boca. «Villafranca del Bierzo».

Una villa no muy grande, no muy rica, no muy céntrica en los mapas..., y sin embargo, trascendida a una universalidad por la que a cualquiera se le saltan las lágrimas. Bastaría. Bastaría para que el nombre del compositor Cristóbal Halffter, «responsable» de esa altísima promoción se uniese en piedra y en bronce, definitivamente, al paisaje urbano de una ciudad donde lo tenemos por tan nuestro como el más villafranquino que haya nacido en la calle del Agua o en el Otro Lao o en el Campo de la Gallina. Pero es que hay más. Hay, amados hermanos míos en nuestro señor el agradecimiento, que los Halffter (ahora el plural abraza a Marita) no hacen jamás el viaje de ida que lleva por esos mundos el nombre de Villafranca sin el regreso -permanente- que trae los mundos de la cultura a la mismísima Villafranca. Ahora, por añadidura de tanta entrega a la siembra de la cultura, Cristóbal se subirá en persona al tingladillo de la Herradura y será mantenedor de la fiesta poética, el domingo por la mañana. Hermosa ocasión para poner el pórtico y la esperanza el total homenaje que se le debe en este año jubilar de su biografía.

LAUDES EN EL JARDÍN

He escrito sobre dos nombres propios. Y todavía un nombre propio -el del cronista- aparecerá al final de estas hojas. Pero nada de esto hubiera podido firmar ni componer si bajo los negrillos del jardín no habitara un aliento colectivo, si los artistas villafranquinos no tuvieran detrás todo un pueblo. Setecientos niños de las escuelas-no es errata, señor director. ¡700! -, reunidos hace días en el Teatro para escuchar versos, garantizan que esto de la poesía y del arte, en Villafranca, tiene cuerda para rato.

Antonio PEREIRA